

Considerar a Jesús: La cura para el corazón cansado o un llamado a la constancia

Hebreos 12:3-4

Introducción:

En los versos 1 y 2, el autor de la carta usó la figura del atleta que competía en las carreras con el fin de ganar el premio para exhortar a sus lectores a mantenerse firmes en la fe en Cristo, pues, el peso y el pecado se convierten en obstáculos que nos impiden caminar firmes en pos de Jesús, a quien debemos mirar todo el tiempo de nuestro peregrinaje en esta tierra con el fin de salir vencedores y recibir el premio de nuestra perseverancia, el cual nos está asegurado por aquel que es el camino, la meta, el juez y la recompensa, pero quien también nos anima a correr, cuando estamos en los momentos más difíciles de la vida cristiana, pues, él mismo también corrió la carrera y salió vencedor.

Ahora, en los versos 3 y 4, nuestro autor, siguiendo con el mismo tema, compara la vida cristiana con otra competencia de los juegos greco-romanos: las luchas entre los gladiadores. En estas competencias, los gladiadores, hombres muy bien entrenados para la lucha cuerpo a cuerpo, debían darlo todo en la arena, pues, si no atacaban al contrincante con toda su fuerza, el enemigo los vencería y muy probablemente morirían. Los gladiadores, cuando participaban de estas competencias, tenían la conciencia de darlo todo con el fin de salir vencedores. Sus cuerpos eran golpeados y la sangre salpicaba la arena, pero el fin era sobrevivir y ganar la competencia.

De la misma manera, la vida cristiana no es un asunto de “mirar a ver qué pasa”, de sobrellevarla de la manera más suave o de hacer lo que se pueda. No, cuando confiamos en Jesús como nuestro Salvador y nos identificamos con Cristo, convirtiéndonos así en sus discípulos, hemos entrado a una lucha sin cuartel en contra de nuestros pecados, nuestra carne, el mundo y Satanás. Hemos sido lanzados a la arena donde se requiere coraje para luchar contra el pecado de manera que salgamos vencedores.

En nuestro presente estudio aprenderemos que la vida cristiana victoriosa sólo se alcanza considerando la vida sufrida de Jesús, lo cual nos llevará a no desmayar frente a los más agobiantes ataques del mundo. La principal fuente de consuelo y aliento para el creyente,

que está llamado a sufrir por causa de Cristo, es traer a nuestra mente los infinitos sufrimientos que él soportó por amor a nosotros.

Los versos que estudiaremos en esta sesión asumen que los creyentes saben muy bien “que de tiempo en tiempo los cristianos crecen en el cansancio y llegan al decaimiento. Si te sientes de esta manera, no eres la excepción; esto es algo que debes esperar. Especialmente cuando te enfrentas con una prolongada dificultad o prueba; incluso, el cristiano más fuerte puede experimentar depresión espiritual. La cura para esto, él dice, es considerar a Jesús en su propia lucha con la oposición del mundo.”¹

“*Considerad a aquel...*”

La exhortación de estos pasajes puede sonar parecida a la del verso 2, pero realmente hay una diferencia en el énfasis. “En el verso 2 la palabra griega *aphorao* significa quitar la mirada de una cosa para ponerla en otra; el énfasis fue dejar de lado todas las distracciones con el fin de fijar nuestros ojos en Jesús. Aquí en el verso 3 el escritor usa una palabra diferente, *analogizomai*, que significa <considerar con atención>.”² Es decir, se le pide al creyente que lleve un registro, en su mente, a través de la seria meditación en la vida y muerte de Jesús, especialmente en aquello que se relaciona con nuestra propia lucha y que analicemos cómo Dios ordenó sus sufrimientos para su propia gloria.

Meditar en los sufrimientos de Jesús, tal y como aparecen en las Sagradas Escrituras, en vez de llevarnos a sufrir más, producen el efecto contrario, nos animan a continuar adelante en nuestra propia lucha espiritual. Pues, tenemos en Jesús el mejor ejemplo de lo que es sufrir por causa del reino, pero también de la recompensa y la gloria eterna que disfrutaremos si lo damos todo por él, como dice Pablo: “*Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse*” (Ro. 8:18).

La palabra griega usada para “considerad” tiene una connotación matemática o contable, y el objetivo es que saquemos cuentas y comparemos los inmensos sufrimientos de Cristo

¹ Philipps, Richard. Hebrews. Página 536-537.

² Ibidem.

con los nuestros. El resultado será abrumadoramente a favor de Jesús, pues, nuestros sufrimientos son pocos comparados con los que él tuvo que sufrir.

Y si sufrimos mucho en esta vida por causa del evangelio, de todas maneras nunca será comparable con Cristo, pues, nosotros si merecemos sufrir, ya que todavía el pecado está en nosotros y la imperfección nos acompaña en todo lo que hacemos, más Cristo, es el glorioso Hijo de Dios, lleno de gloria y verdad, él es el Amado del Padre, el Señor de la gloria, el Creador del cielo y de la tierra, él no tenía por qué sufrir en este mundo, pero lo hizo por amor a nosotros y para la gloria del Padre. Si sacamos cuentas, nosotros no debiéramos estar desanimados por nuestros leves sufrimientos.

Ahora, la pregunta que nos hacemos es, ¿Cómo consideramos a Jesús? Lo hacemos consultando lo que las Sagradas Escrituras nos dicen de él. Debemos leer los evangelios y meditar en lo que ellos nos relatan de los sufrimientos de Cristo. Debemos leer las epístolas, pues, ellas explican el significado de la vida y muerte de Jesús. Incluso, también debemos buscar en el Antiguo Testamento todo lo que se nos dice sobre la obra de Cristo a través de las profecías, tipos y símbolos. *“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las escrituras lo que de él decían”* (Luc. 24:26-27). Así como Cristo meditó en lo que el Antiguo Testamento dice respecto a sus sufrimientos como Mesías, nosotros también lo podemos y debemos hacer.

En el verso 2 la oposición viene desde dentro, es decir, de nuestros pecados, pero en los versos 3 y 4 la oposición viene desde afuera, es decir, del mundo, de los enemigos del evangelio; no obstante, en ambos casos la solución es la misma: poner la mirada en Jesús, meditando en sus sufrimientos.

Debemos meditar en lo que él hizo a un lado en su propia vida, para que hagamos lo mismo. Él era rico y se hizo pobre por nosotros, siendo de la misma forma de Dios se despojó de su gloriosa vestidura para tomar la forma de siervo. El dejó el trono de gloria y tomó su cruz. No somos llamados a hacer algo que Jesús no haya hecho antes. El Señor nos dice que debemos sufrir por su evangelio, por lo tanto, para soportar con paciencia este sufrir debemos meditar en nuestra mente en los sufrimientos infinitos de nuestro salvador.

Recordemos lo que ya hemos dicho antes: Cuanto más nos esforcemos por seguir el ejemplo que el Señor Jesús nos ha dejado más oposición encontraremos en el mundo, cuanto más de cerca seguimos a Jesús, la enemistad del mundo crecerá en contra de nosotros. Nuestras vidas piadosas condenan a los que nos rodean, nuestros caminos serán siempre un reproche en contra de ellos, por lo tanto, ellos harán todo lo posible para desalentarnos y desanimarnos en nuestro caminar espiritual.

“Considerad a Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar”

Ahora, cuando llega el cansancio o el decaimiento a causa de seguir las pisadas de Cristo y sufrir persecución del mundo, de nuestros familiares y amigos, ¿qué debemos hacer? Meditar en la oposición que sufrió Cristo. El registro de los evangelios, las epístolas y el Antiguo Testamento respecto a la oposición que sufrió Cristo en este mundo, debe ser el objeto de nuestra diaria contemplación. Si estamos débiles y cansados es porque hemos fallado en este deber cristiano. No puede haber santidad experimental ni crecimiento en la gracia, aparte de considerar a Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores, que fue objeto del desprecio de este mundo.

La piedad vital consiste en un compromiso real por reflejar la imagen de Cristo en nosotros y esto se alcanza siguiendo el ejemplo que él nos ha dejado, tomando su yugo sobre nosotros y aprendiendo de él: *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestra alma”* (Mt. 11:29).

No debiera parecernos extraño que suframos por causa de Cristo, pues, si estamos en él, si nos hemos identificado con la bandera del cristianismo, entonces somos llamados a ser como nuestro maestro, el cual nos dejó un ejemplo de paciente sufrimiento por el Reino. Jesús sufrió terribles oposiciones en este mundo, nosotros también pasaremos por lo mismo: *“El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástele al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?”* (Mt. 10:24-25).

Pensar que los cristianos vamos a vivir plácidamente en este mundo, siendo amados y admirados por todos, es un pensamiento ofensivo contra lo que nuestro maestro vivió en esta tierra, él fue *“despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto”* (Is. 53:3).

La Iglesia de Corinto había llegado a conclusiones falsas respecto a su bienestar en este mundo, ellos pensaban que ya estaban libres de sufrimientos y que ahora les tocaba reinar sobre este mundo como príncipes del Rey de reyes, pero Pablo les hace ver que su forma de pensar es necia, pues, aún no es el tiempo de la glorificación: *“Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis”* (1 Cor. 4:8), y siguiendo con este lenguaje irónico, el apóstol les hace ver que es una tontería pensar que en este mundo vamos a ser tenidos como grandes e importantes: *“Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros somos débiles, más vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados”* (v. 10), el apóstol amonesta a los creyentes corintios *“como a hijos míos amados”* (v. 14), y les ruega que *“me imitéis”* (v. 14), para que no continúen con esa infructuosa teología del reinado actual, de la prosperidad material y la comodidad, pues *“algunos están envanecidos”* (v. 18). Los creyentes deben imitar a Pablo y a los verdaderos apóstoles en esto: *“Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos”* (v. 11-13).

Jesús sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo porque desde su niñez fue rechazado por su propio pueblo. Tuvo que nacer en una pesebrera, fue perseguido por el malvado rey Herodes quien buscaba su muerte. Aunque los evangelios no nos narran la temprana juventud de Cristo, la Biblia nos dice que en esa época ya estaba afligido *“Yo estoy afligido y menesteroso; desde la juventud he llevado tus terrores”* (Sal. 88:15). A Jesús se le acusó de engañar al pueblo (Jn. 7:12); de ser un perturbador (Lc. 23:14). Los fariseos y otros grupos de personas se oponían a su enseñanza y lo insultaban. Fue objeto de la murmuración a causa de su interés por los publicanos y pecadores (Lc. 15:2). Fue

acusado de violar la ley porque sanó a muchos enfermos en el día sábado (Mrc. 3:2). Sus milagros, curaciones y liberaciones fueron atribuidos al poder del diablo y lo acusaron de estar en complicidad con el enemigo de las almas (Mt. 12:24). Fue considerado un fanático. Fue catalogado como un “*glotón y bebedor de vino*” (Mt. 11:19). Lo acusaron de hablar en contra del poder imperial de su tiempo, es decir, del César (Jn. 19:12), aunque el mismo había enseñado dar al César lo que es de César (Mt. 22:21).

Jesús sufrió la contradicción de pecadores más severa que hombre alguno haya soportado. Aunque él era el Hijo de Dios, casi todo el mundo se oponía a él. Se le llama “contradicción” porque los sufrimientos que le propinaron los hombres fueron tan amargos, tan severos, tan malignos, tan prolongados. Él fue objeto de toda invención que el genio maligno de Satanás y los hombres pudieron gestar.

A pesar de ser el Hijo de Dios fue escupido en su rostro, lo despreciaron ataviándolo con un manto de púrpura y se burlaron hincando las dorillas delante de él en su estado de sufrimiento. Lo abofetearon y lo hirieron en el rostro. Le rompieron la espalda con azotes, como ya había sido predicho por el salmista “*Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos*” (Sal. 129:3). Lo condenaron injustamente a sufrir la muerte de los más peligrosos criminales, y con el fin de añadirle vergüenza lo pusieron en medio de dos ladrones.

Cristo sufrió la más aguda contradicción de pecadores. Por eso él pudo exclamar en muchas ocasiones: “*El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre*” (Sal. 69:20-21).

Pero este dolor agudo no hizo que se apartara de la senda del deber o abandonara su misión. Él no huyó de sus enemigos, ni desmayó frente a la cruel persecución, antes, él “sufrió” de la manera más noble toda la ignominia que los hombres quisieron causarle.

Él nunca tomó represalias ni injurió a los que le maltrataban. Cuando la crisis se agudizó y los dolores aumentaron, no vaciló sino que “*afirmó su rostro para ir a Jerusalén*” (Lc. 9:51), siempre confiando en las fuerzas que provenían de su Padre celestial, por eso pudo

decir: *“Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado”* (Is. 50:7).

“Para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar”

El mantenerse considerando los sufrimientos de Cristo evitará que *nos cansemos hasta desmayar*, es decir, evitará el pecado de la apostasía. “La palabra “cansado” aquí es fuerte: significa agotado, estar tan deprimido como para romper la propia resolución. En su sentido último se refiere a un estado de abatimiento como el colapso total del espíritu. Resultado de las dificultades, las pruebas, la oposición y la persecución, que pueden hacer pensar a una persona en mirar atrás (Lc. 9:62).

La advertencia aquí es contraria al Elogio que el Señor hizo a la Iglesia de Éfeso: *“y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado”* (Ap. 2:3), ellos perseveraron en la fe cristiana a pesar de toda oposición.

La persecución por causa de Cristo es uno de los instrumentos más efectivos para fortalecer vigorosamente nuestra fe. Solo cuando el corazón está ocupado seriamente en soportar como Cristo la contradicción de pecadores, podrá mantenerse firme y perseverar hasta el fin.

Si el creyente murmura o es impaciente frente a los sufrimientos que nos trae el vivir en este mundo de pecado por causa de Cristo, entonces nos mantendremos deprimidos y con el ánimo bajo. Por lo tanto, es necesario llenar nuestra mente con el conocimiento de los sufrimientos de Cristo: *“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento”* (1 P. 4:1).

“Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado”.

Los creyentes hebreos habían sufrido ya los dolores de la persecución por causa de Cristo, pues, el autor les dijo en el capítulo 10 *“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante”* (32-33).

La persecución había pasado, fue terrible, pero no tanto como pudiera haber sido, o como lo será en el futuro.

Ellos estaban tratando de claudicar de la fe cristiana porque no soportaban la burla, la injuria y el acoso teológico de los judíos que trataban de convencerlos de que su religión no era mejor que la religión judaica. Si ellos no podían soportar eso, entonces qué sería de ellos cuando debieran enfrentar la muerte por causa de Cristo.

Y es que todo creyente debe ser consciente de que vivir para Cristo significa morir al yo y morir al mundo, y en ocasiones, esto es literal, es decir, morir al cuerpo. Jesús lo dijo así: *“el que halla su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará”* (Mt. 10:39). *“No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer”* (Lc. 12:4). *“Si alguno viene a mí y no aborrece... aún su propia vida, no puede ser mi discípulo”* (Lc. 14:26). Siendo así la situación del discípulo, entonces Jesús les pide a los que están pensando en convertirse al cristianismo que lo piensen primero, consideren estas cosas y calculen el costo de seguirlo a él (Lc. 14:25-33).

El apóstol Pablo también exhortó a los creyentes romanos para que comprendieran la insignificancia de nuestra vida terrena por amor a Cristo. Él lo es todo y nuestra vida no es nada, pero ella cobra valor cuando se le entrega por completo a su voluntad perfecta y nos gozamos en hacer lo que a él le place. Si vivimos, somos del Señor, y si morimos, también lo somos, porque nada podrá separarnos del amor de Dios. El cristiano está llamado a sufrir en este mundo por causa del odio que el hombre natural tiene hacia Cristo. Por causa de Cristo *“somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero”* (Ro. 8:36).

Pero esta situación de persecución y muerte no debe ser motivo para abandonar a Cristo, sino por el contrario, viendo cómo el dio su vida para nuestra salvación, entonces no sería algo muy grande dar nuestras vidas por causa de él.

Si esta santa disposición para el sufrimiento se encuentra siempre presente en el creyente, entonces será vencedor sobre el pecado de la apostasía y sobre cualquier pecado. Si estamos dispuestos a morir por Cristo, entonces el pecado no nos será agradable, y podremos combatir contra él de manera constante y vigorosa. Somos gladiadores de Cristo

que luchamos a muerte contra nuestro pecado y no tendremos licencia para el descanso hasta que hayamos conquistado a la misma muerte.

Aplicaciones:

Amado hermano, ¿crees que la copa de la aflicción que te ha tocado es más abundante que la de otros cristianos? Te invito a que mires la copa que Cristo bebió. Ella es el antídoto divino contra el cansancio de los peregrinos de Sión. Cristo sufrió y triunfó mansamente cosas peores que las que se nos pide sufrir y soportar, pero él nunca desmayó. Cuando te sientas cansado a causa de las pruebas y lesiones causadas por los enemigos de Dios, considera a Cristo y este ejercicio va a callar tus inclinaciones corruptas y reprimirá la murmuración y la impaciencia. Jesús es el gran y mejor ejemplo para ejercitar nuestra paciencia.